

**Josep BERNABEU-MESTRE y Josep Lluís BARONA VILAR (eds.),
Nutrición, Salud y Sociedad. España y Europa en los siglos XIX y XX,
Universitat de València, Seminari d'Estudis sobre la Ciència,
2011, 372 pp.**

Un equipo de historiadores de la salud y de la nutrición de la Universidad de Alicante, de la Miguel Hernández, del Instituto de Historia del CSIC y del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero de la Universidad de Valencia obtuvo entre 2004 y 2011 financiación del MICINN para desarrollar dos proyectos de investigación sobre nutrición y salud en España y Europa durante los siglos XIX y XX. Entre las publicaciones que generaron los proyectos, destaca un número de *Food and History* de 2008 coordinado por Bernabeu-Mestre y Barona. Este número es el origen de *Nutrición, Salud y Sociedad* ya que el libro contiene algunos de sus artículos traducidos al castellano y otros escritos por miembros de ese equipo y por historiadores económicos.

El primer capítulo es de Roser Nicolau y Josep Pujol y se titula «Aspectos políticos y científicos del modelo de la transición nutricional». Tras examinar los modelos que se han propuesto para explicar los cambios en el nivel de vida biológico de la población —transición demográfica, transición epidemiológica y transición nutricional—, los autores llegan a tres conclusiones. La primera es que los cambios en la dieta no han sido solo consecuencia del aumento de la renta, sino de otros factores tales como condiciones medioambientales, marco institucional, conocimientos científicos y tecnológicos, infraestructuras domésticas y de transporte y también precios relativos. La segunda es que el descenso de la mortalidad durante la transición demográfica debe analizarse utilizando conjuntamente la hipótesis alimentaria y la de salud pública; y la tercera, que los modelos son una guía pero no un dogma porque existen países y regiones donde las transiciones han revestido características propias y lo mismo sucede cuando se comparan campo y ciudad.

El segundo capítulo («Nutrición y salud: de la génesis del conocimiento experimental a las prácticas sociales, 1918-1950») lo ha escrito Josep Lluís Barona y en él estudia las razones por las que durante los años de entreguerras aumentó el interés por la ciencia de la nutrición. La Gran Guerra y la Gran Depresión, primero, y la Segunda Guerra Mundial, después, provocaron situaciones de desnutrición y hambruna que fomentaron el desarrollo de las investigaciones sobre nutrición, así como la intervención del Estado en la regulación de la producción y distribución de alimentos y en su control bromatológico. Barona ha utilizado fuentes directas de la Sociedad de Na-

ciones y de la FAO para documentar su trabajo y resultan especialmente interesantes las páginas que dedica a las hambrunas en los campos de concentración y a la alimentación de la población española durante la Guerra Civil y la posguerra.

José Miguel Martínez Carrión introdujo en España los estudios antropométricos y es nuestro mejor experto en este tema, razón por la que los editores le pidieron que participara en la obra. Ha escrito el tercer capítulo («El estado nutricional en la Europa contemporánea. Una visión desde la historia antropométrica»). Tras sostener que la estatura es un indicador del nivel de vida biológico porque informa sobre el consumo de alimentos, las condiciones medioambientales y trabajo infantil, analiza la evolución de la talla europea durante los siglos XIX y XX haciendo hincapié en la paradoja de la Revolución Industrial: unos salarios reales que crecieron y, pese a ello, un estado nutricional que se deterioró —sobre todo en las ciudades— como consecuencia de la elevada morbilidad y del trabajo infantil.

El cuarto capítulo («Los organismos internacionales y la fisiología de la nutrición durante los años 1930») es de Josep Lluís Barona. Está también basado en documentación de la Sociedad de Naciones y detalla cómo esta institución fomentó la creación de una red internacional de organismos para desarrollar la ciencia de la nutrición y orientar la intervención del Estado en la mejora de la salud, sobre todo a través de la dieta óptima. El capítulo contiene información valiosa para quienes estudiamos la evolución del bienestar. Destaco en este sentido los cálculos que se realizaron entonces sobre las necesidades energéticas según el tipo de trabajo y la situación familiar y también los resultados sobre morbi-mortalidad para grupos de niños según su alimentación.

Josep Bernabeu-Mestre ha escrito el quinto capítulo («Contexto histórico de la transición nutricional en España»). Analiza primero la evolución de la dieta para demostrar que la transición nutricional se inició en las décadas de 1920 y 1930, interrumpiéndose como consecuencia de la Guerra Civil y de la Autarquía. Reiniciada desde fines de los cincuenta, culminó en los años setenta, momento en el que comenzaron a detectarse problemas de sobrealimentación. Bernabeu examina después el importante papel que durante la Segunda República desempeñó la Escuela Nacional de Sanidad de Madrid, que fomentó la llamada nutrición comunitaria: evaluar el estado nutricional de la población española, detectar enfermedades relacionadas con una nutrición deficiente y mejorar los hábitos alimentarios. Toda esa labor se interrumpió hasta la década de 1960, cuando se puso en marcha el Programa de Educación en Alimentación y Nutrición gracias a la ayuda técnica de la FAO y el soporte económico de Unicef.

Cuatro profesores de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad de Alicante (Josep Bernabeu-Mestre, Javier Esplugues, María Eugenia Galiana y Joaquín Moncho) han escrito el sexto capítulo («Nutrición y salud pública en España, 1900-1936»). Se trata de una documentada síntesis sobre el origen y desarrollo de la ciencia de la nutrición en España, que alcanzó un gran nivel durante la Segunda República gracias a instituciones como la Escuela Nacional de Salud y la cátedra de Higiene de la Alimentación y la Nutrición. El capítulo se basa en fuentes primarias y aporta información hasta ahora inédita sobre el diagnóstico del estado nutricional de la pobla-

ción española de la época, las políticas de prevención —entonces se descubrió que muchas patologías consideradas del aparato digestivo estaban en realidad causadas por una nutrición deficiente— y también sobre las campañas de educación y divulgación nutricional para familias obreras y niños.

Ximo Guillem-Llobat ha escrito el siguiente capítulo, titulado «La regulación de la calidad de los alimentos en el mercado español entre los siglos XIX y XX». Es sabido que la adulteración de alimentos constituyó un grave problema para la salud durante la Revolución Industrial. Cuando leí los libros de autores como John Burnett y Alessandro Stanziani sobre la calidad de los alimentos en Gran Bretaña y Francia, me dije que existía un vacío historiográfico en el caso de España. Pues bien, los trabajos de Guillem-Llobat están llenando ese vacío y en este aborda la historia de la legislación contra el fraude alimentario desde comienzos del XIX a un real decreto de 1908, el cual debe considerarse ya un verdadero código alimentario, para luego analizar dos casos muy interesantes, el del chocolate y el del aceite de oliva. Para mí, que he estudiado la acción de los *lobbies* durante la Restauración y que he sostenido que la política económica de ese periodo debe interpretarse desde la teoría de la Elección Pública y no desde la Nueva Historia Política, resulta estimulante lo descubierto Guillem-Llobat: detrás de la regulación del chocolate hubo una pugna de intereses entre quienes defendían el puro — los productores de cacao y la industria artesanal — y quienes reivindicaban la bondad del alternativo —las fábricas de chocolate—, resultando victorioso este segundo *lobby*. Lo mismo ocurrió con el aceite de oliva, defendido por los productores, y el de cacahuete, reivindicado por los productores valencianos y por los conserveros gallegos, que perdieron la batalla frente a los latifundistas andaluces. La opinión de médicos y consumidores resultó irrelevante en ambos casos.

María Isabel del Cura y Rafael Huertas han escrito el octavo capítulo, «Estudios nutricionales durante la Guerra Civil española». Se trata de un riguroso estudio sobre los trabajos nutricionales que se realizaron en Madrid entre agosto de 1937 y febrero de 1939, cuando el bloqueo a la que la sometieron las tropas franquistas la convirtió en un verdadero laboratorio. Los autores desbrozan los informes llevados a cabo por los doctores Blanco Covián, Jiménez García y Peraita y destacan la importancia que tuvieron para desarrollar tecnologías de medición del estado nutricional y para descubrir y clasificar patologías relacionadas con la desnutrición.

Ramón Castejón y Enrique Perdiguero Gil han escrito el noveno y último capítulo del libro, «Médicos, regulación estatal y empresas alimentarias en la introducción y consumo de las fórmulas infantiles en España (1900-1936)». El capítulo analiza la introducción de sustitutivos de la lactancia desde cuatro dimensiones: las estrategias publicitarias; un detenido análisis de la regulación del Estado; una aproximación a la oferta de alimentación artificial basada en los expedientes de registro sanitario y las discusiones que los médicos mantuvieron sobre las ventajas de la lactancia materna frente a la artificial. Esta parte del capítulo me parece especialmente relevante, ya que Castejón y Perdiguero demuestran que en la década de los veinte se había iniciado la crisis de la lactancia materna, hecho que evidencia que existía un proceso de emancipación de la mujer aniquilado después por el franquismo y la Sección Femenina.

Durante mucho tiempo ha imperado una visión monetaria del nivel de vida basada en un viejo paradigma de la economía neoclásica: el mejor indicador del bienestar es el ingreso monetario, ya que su perceptor escoge libremente en el mercado la distribución de su gasto. Este paradigma ha sido superado entre otros por Amartya Sen, que introdujo un nuevo concepto de nivel que contempla no solo la renta, sino derechos de acceso sin los que no se puede prosperar y que no siempre se pueden adquirir en el mercado (salud y educación). El análisis del bienestar y de sus componentes debe, pues, acometerse desde una óptica multifactorial, y esta es la primera virtud del libro que he reseñado: aportar nueva información y nuevas hipótesis de trabajo sobre la evolución de la nutrición desde esa óptica (renta, políticas sanitarias, económicas y sociales y progresos de la medicina). Debo asimismo destacar que la obra contiene una bibliografía abundante y puesta al día. Diré finalmente que el libro sirvió para iniciar una necesaria colaboración entre historiadores de la salud y la nutrición e historiadores económicos que se ha plasmado en dos encuentros, *Salud y ciudades en España, 1880-1940. Condiciones ambientales, niveles de vida e intervenciones sanitarias*, celebrado en 2010 en la Autónoma de Barcelona, y *Contribución al estudio del nivel de vida de las clases populares de las ciudades españolas: salud pública y nutrición (1860-1930)*, sesión del congreso de la asociación de Historia Económica celebrado en Carmona en 2011.

ANTONIO ESCUDERO
Universidad de Alicante